

LIBROS

Primer Congreso Obrero (Barcelona, 1870)

En el prefacio de un reciente estudio sociolingüístico sobre el Congreso de Tours, el de la escisión en diciembre de 1920 del socialismo francés, Ernest Labrousse ha insistido en la significación de los congresos, en el marco de la Historia, de los movimientos sociales. Si los congresos no aportan más que esquemas parciales, ajenos en cierta medida a la vida profunda de partidos y sindicatos, no dejan de representar un momento excepcional, tanto para la definición de ideologías y estrategias como incluso del nivel emotivo de la organización; «lugar de encuentro natural de las grandes corrientes del pensamiento y de la afectividad colectivas», el congreso nacional es, por lo mismo, ámbito privilegiado para el análisis ideológico y lingüístico.

De ahí la importancia que, a nuestro juicio, reviste la reedición y el posible estudio de ese primer Congreso Obrero español, celebrado en Barcelona en junio de 1870, que acaba de editar, en Zero, Víctor Manuel Arbeloa. Como antecedentes sucesivos del mismo figurarían el banquete de trabajadores que el primero de enero de 1841 reúne a las sociedades obreras barcelonesas en un primer esbozo de federación local, y el Congreso de Sociedades Obreras, que, reunido en el Salón Universal de Barcelona los días 25 y 26 de diciembre de 1865, acuerda formar una Federación de Sociedades de finalidad cooperativista. El encuentro de los delegados de las diferentes sociedades, el 18 de junio de 1870, supuso la consumación de ese proceso, tanto por

el ámbito nacional de la representación, como por efectuarse ya por impulso de la penetración en España del asociacionismo ligado a la Primera Internacional. En Barcelona va a definirse, pues, tanto la ideología como la estrategia de la joven fracción española de la Internacional, especialmente importante en la medida en que soterradamente ha tenido lugar una implantación de los principios de la Alianza bakuninista, decisiva para el futuro de nuestro movimiento obrero. Creemos que en el conocimiento de este punto nodal de nuestra

de las sesiones una antología de las mismas que ocupa casi por entero el apéndice noveno de *Anarquismo y sindicalismo en España*.

El propio Termes ha puesto de relieve la doble significación del Congreso de Barcelona: constitución definitiva de la Federación Regional Española de la AIT, y, aunque confusa, definición apolítica de la nueva organización, que se aproximaba así a los principios de la Alianza de la Democracia Socialista de Bakunin. Orientación que, por lo demás, no respondió a una simple relación de fuerzas entre las distin-

era imposible que lo realizara un congreso que debía durar ocho días, distinguióse notablemente aquel joven». La ausencia de un conocimiento real de la línea oficial internacionalista, la coyuntura del fracaso reciente de los levantamientos federales y la falta consiguiente de un bosquejo de organización alternativa (como el que más tarde intentó dar en Madrid la intervención de Lafargue), arrojaron como resultado que, sobre la pluralidad de tendencias que rigurosamente ha analizado Termes, lograrse un triunfo casi absoluto la única

Baptiste Marcellisi en su mencionado libro sobre el Congreso de Tours, marcaría un posible camino a recorrer.

Una mención final debe dirigirse a la edición realizada por Víctor Manuel Arbeloa. En este *Primer Congreso Obrero Español* acentúa los rasgos positivos y negativos ya evidenciados en publicaciones anteriores, y particularmente en su *Orígenes del PSOE*, valiosa aportación documental del que hemos visto sólo la primera entrega de las cuatro previstas. Una vez más, la edición de un texto clásico del movimiento obrero es llevada a cabo por Arbeloa con un rigor ejemplar en cuanto a anotaciones cronológicas, biografías personales, etcétera. Y una vez más, también, este rigor resulta notablemente desvirtuado por el empleo de un tipo de lenguaje que no tiene nada que ver con el análisis histórico. El hecho podría marginarse si no constituyera una constante que, de paso, acarrea de vez en cuando falseamiento inadmisibles en un autor que se propone seguir presentando los textos fundamentales del internacionalismo español. Tal vez en este caso se haya tratado de un deseo deliberado de evocar el discurso empleado por Anselmo Lorenzo en su libro clásico —compárese la primera página del prólogo de Arbeloa con los inicios del capítulo XII de *El proletariado militante*—, pero la comparación en nada favorece a nuestro contemporáneo. En el haber de la extensa reseña que Arbeloa desarrolla de las intervenciones de delegados obreros en el Congreso, figura, en cambio, la insistencia en poner de manifiesto el nexo de la línea ideológica trazada por él mismo con las definiciones anteriores de la propia Internacional. La adjetivación denuncia, empero, aquí y allá, la carga de subjetivismo que gravita sobre el estudio de Arbeloa, evidente en la referencia puramente gratuita de la página 59 a los orígenes del anticlericalismo en la clase obrera española, y que alcanza un nivel máximo en la apoteosis final sobre la actualidad del Congreso. ¿Qué significa la afirmación de que es

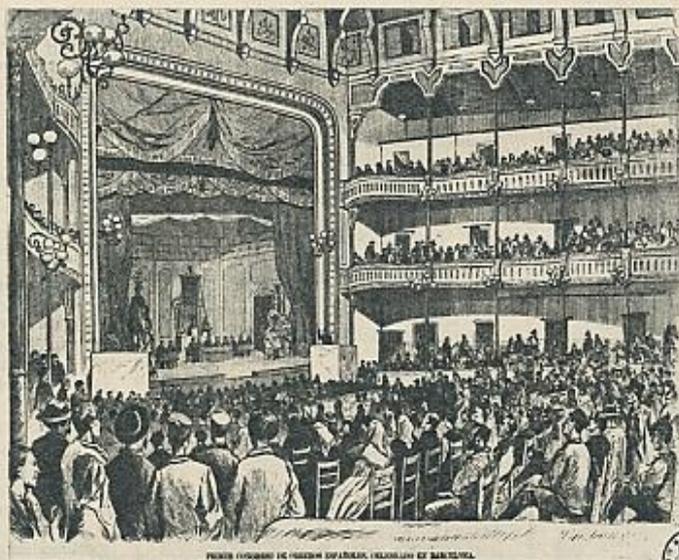
«actual aquel incontentable afán de unidad, de comunidad fraterna, a veces con lenguaje religioso prestado de una secular tradición»? ¿O la no menos inefable evocación del sudor, llanto y sangre, etcétera? A pesar de lo que parece creer Arbeloa —y con él más de un reciente escritor sobre estos temas—, a la historia del movimiento obrero español para nada le hacen falta martirologios ni hagiografías. Tal enfoque sólo puede servir para desvirtuar los resultados de una excelente labor investigadora. ■ ANTONIO ELORZA.

Invitación a la sociolingüística

En 1956, Marcel Cohen publicaba *Pour une Sociologie du Langage*, y en la misma línea, Meillet y Vendryes ponían los fundamentos de la ciencia que se propone estudiar la dimensión sociológica del lenguaje. La nueva disciplina encontró seguidores en los Estados Unidos, donde en la década de los sesenta, aparecen las obras de J. A. Fishman, Ferguson, Bright, etcétera. Este último definió la sociolingüística como el estudio de «las variaciones tipificadas del lenguaje y la estructura social».

Parece haber cuajado en España la denominación de «sociolingüística», pese a que la expresión «sociología del lenguaje» resalta en mayor grado la vinculación de la nueva ciencia con la Sociología y la Psicología social. En sus orígenes, Durkheim tiene más parte que De Saussure. La sociolingüística «nace del esfuerzo disciplinado por explicitar aquellas relaciones entre lengua (s) y contexto social, que se habían dado como algo evidente en sí mismos». E interesará dilucidar no sólo las recíprocas influencias de lenguas en contacto, sino también sus relaciones mutuas con la sociedad en la que se desarrollan.

Es obvio, por tanto, que el análisis sociolingüístico no puede concebirse sino sobre el más amplio campo de investigación. Y la tesis de Rafael Ll. Ninyo-

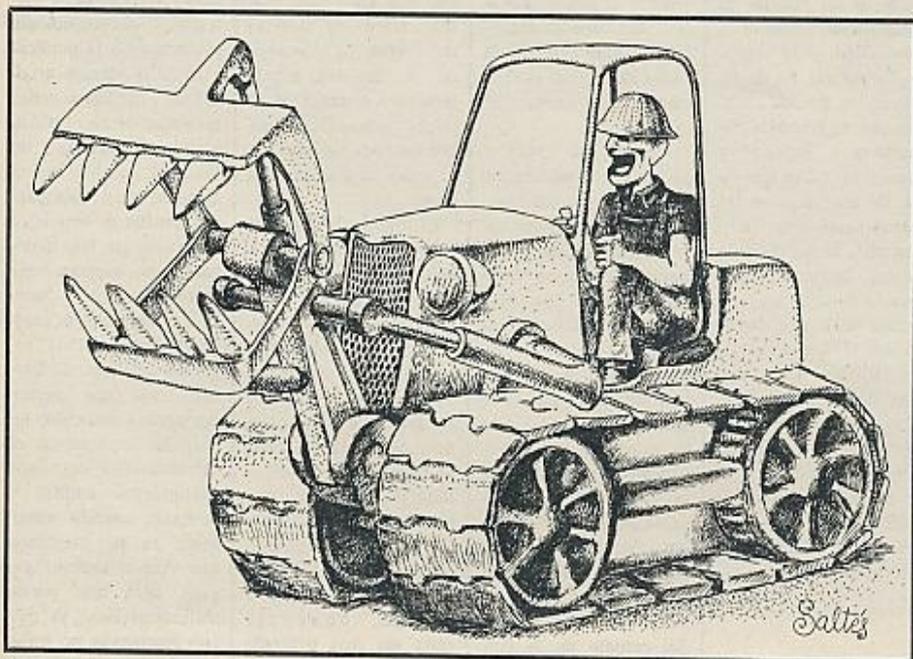


Primer Congreso de Obreros españoles, celebrado en el teatro Circo de Barcelona.

Historia contemporánea consiste la principal contribución del Congreso reeditado, y no en el tipo de actualización que le atribuye su editor. Por lo demás, no es nada nuevo reconocer la importancia que revistió el Congreso de Barcelona. De forma hasta ahora insuperada, lo hizo, hace setenta años, Anselmo Lorenzo en *El proletariado militante*, y en fechas más recientes, los principales historiadores que estudian el período, con la excepción tal vez de Clara Lida, que en *Anarquismo y revolución* se limita a citarlo de pasada. Tuñón lo reseña cuidadosamente en su recién aparecido *Movimiento obrero*, y Termes añade a la extensa descripción

tas tendencias de las delegaciones, sino al constante control que en la preparación del Congreso, e incluso en la mecánica de las intervenciones, desempeñan los partidarios de la Alianza, encabezados por el grupo madrileño, auxiliados por una minoría de barceloneses y por los jóvenes estudiantes internacionalistas que asumen representación de sociedades andaluzas. Al hablar de uno de éstos, llamado Meneses, Anselmo Lorenzo escribía: «Ya en la preparación del Congreso, en el seno de la Alianza de la Democracia Socialista, donde se elaboraron los dictámenes, proposiciones de necesidad probable y reglamentos, cuyo trabajo

que respondía a unos criterios y pautas de actuación mínimamente organizados. Por encima de las publicaciones parciales anteriores, la reedición que comentamos de las sesiones íntegras del Congreso de Barcelona sugiere, pues, un nuevo análisis que consume, por decirlo así, el ya realizado por Termes, en la línea de precisar las líneas ideológicas manifestadas en el Congreso, y, especialmente, de insertarlas en el proceso de control que sobre el mismo ejerce el grupo aliancista. Acometiendo a continuación los estudios, hasta ahora no realizados en mi conocimiento, de los Congresos de Zaragoza y Córdoba. La línea marcada por Jean-



les, que centra su reciente estudio **Idioma y poder social** (1) en el conflicto lingüístico, es que éste ha de verse como «un verdadero sistema en el que todo se intermantiene». Este afán totalizador ofrece riesgos que no es necesario destacar. Pero en él reside lo mejor de su aportación al estudio del tema.

En efecto, Ninyoles parte, como categoría de análisis, del concepto de **diglosia**, acuñado por Ferguson, pero ampliándolo para hacer hincapié en las relaciones existentes entre uso de una lengua y clase social. El enfoque adquiere así una elevada carga dialéctica. Y la diglosia es definida como aquella situación «en que el uso de dos lenguas comporta una diversificación rígida de funciones y su vinculación a un "status" cultural específico».

La crítica de las ideas dominantes («ideologías diglósicas») se convierte en un objeto fundamental del análisis. Porque desenmascarar las racionalizaciones de origen clasista, significa corroborar las tesis diglósicas y un primer paso para la superación de la anomalía lingüística. La realidad «tal cual es» se encuentra detrás de las ideologías,

(1) Rafael L. Ninyoles, *Idioma y poder social*. Editorial Tecnos, Madrid, 1972.

pero la situación de desequilibrio puede ser detectada en la existencia misma de las explicaciones ideológicas.

La relación jerárquica que se establece entre dos lenguas (A y B) en conflicto, se puede expresar como $A > B$. Pero esta pauta de poder debe ser corregida, y ello se consigue mediante una «compensación consoladora», que tenderá a hacer más llevadera la situación de quienes emplean la lengua B. Se dirá entonces que $B > A$, en ciertos aspectos. Uno de los ejemplos citados por Ninyoles servirá para aclarar este punto. En las relaciones entre los sexos, la situación real de poder sitúa al hombre por encima de la mujer ($H > M$). Pero se ofrece a la mujer una «compensación consoladora» y se le atribuyen una serie de virtudes (belleza, sensibilidad, ternura, etcétera) cuya pretendida espiritualidad contrasta con los atributos (fuerza, energía, agresividad, etcétera) menos espirituales del hombre. Y así resulta que $M > H$. No obstante, la pauta de poder ($H > M$) es mantenida socialmente. En el terreno sociolingüístico, ciertos estereotipos que se asignan a la lengua B cumplen una función reequilibradora semejante. Esta es dulce, poética, popular, natu-

ral o espontánea. Ello expresa, funcionalmente, un sistema lingüístico pretendidamente insuficiente, apto para la utilización privada, reservando para la lengua A el dominio de la comunicación formal (técnica, vida pública, etcétera).

No todo, sin embargo, son idealizaciones. Se produce también la valoración denigratoria, que considera a la lengua B lengua baja, populachera. ¿Cómo conciliar dos actitudes aparentemente contradictorias? No perdamos de vista el papel desempeñado por la dinámica social: los estratos inferiores que están ascendiendo en la pirámide social, deben abandonar su grupo lingüístico originario (B), poco apto para su promoción. «Ascender» («going up») significa «salir» («going out») de la propia comunidad. La muda lingüística y las frustraciones que comporta se exteriorizan a través de una «subvaloración compensatoria» que cumple una doble función: Por un lado, acentuar la separación de la clase de origen; por otro, intentar hacer desaparecer la lengua de procedencia, que supone un indicador de baja extracción social. El «autoodio lingüístico» es, por tanto, propio de los individuos en proceso ascendente. Las idea-

lizaciones proceden de las clases superiores. Aquél es corrosivo; éstas, nostálgicas y aparentemente inocuas.

Abandonando la situación diglósica a su «natural» desarrollo, las perspectivas para la lengua B son pesimistas. Porque el conflicto lingüístico desemboca invariablemente en una de estas situaciones alternativas: normalización o sustitución.

Normalizar significa, por un lado, «dar normas», codificar un idioma estableciendo una variedad supradialectal. Por otra parte, el término puede utilizarse para sugerir el retorno de una cultura a su nivel «normal». La normalización —en su acepción segunda— «está, pues, destinada a abolir el marco diglósico: la pauta jerárquica, la disimetría, y, por lo mismo, puede desbaratar todos los juegos malabares de duplicidad, antinomias y ambivalencias que hemos venido considerando».

La «planificación lingüística», entendida como actividad metódica para regular y normalizar el lenguaje, exigirá determinadas orientaciones extra-lingüísticas. El autor distingue tres capítulos fundamentales en este proceso:

1. Tendencia autenticadora: autoafirmación de una comunidad lingüística dentro de un

marco de pluralismo cultural. Presupone en su base una concepción democrática de la organización social.

2. Superación de viejas estructuras a través de la «modernización» cultural: la situación no normalizada de una lengua sólo se mantiene en tanto vastos sectores de la población permanecen en su «reserva» lingüística.

3. Un proceso de «unificación cultural», que en su aspecto externo implica la toma de conciencia de una homogeneidad cultural entre comunidades históricamente fragmentadas, y en su aspecto interno, la eliminación de las disimetrías sociales que estaban en la base del conflicto.

En España, con una gran pluralidad lingüística, la utilización de los nuevos métodos de investigación debe aportar mayores posibilidades de una mejor inteligencia social. En este sentido, **Idioma y poder social** constituye ya un importante paso. Su aparición en castellano coincide con la traducción de los textos originales catalanes al francés a cargo de la Universidad Laval, de Quebec. ■ J. A. ICARDO.

La vanguardia de la educación en Cataluña

El libro «A l'Avantguarda de l'Educació» (1), que acaba de publicarse, es el complemento de una exposición que el Departamento de Actividades Culturales (DAC) de la Escuela de Ingenieros de Barcelona ha organizado recientemente sobre la historia de la educación en Cataluña durante el primer tercio de siglo.

A principios de siglo, la estructura educativa napoleónica se estabiliza, la enseñanza pasa definitivamente a manos del Estado y se reafirma el centralismo universitario. La Iglesia, que representa los grupos conservadores del país, ha recobrado

(1) Escuela Técnica Superior de Técnicos Industriales, Barcelona, 1972.

ya el terreno perdido en la revolución de 1935, facilitando un bagaje ideológico, cultural y técnico a los hijos de la burguesía. La clase dominante de Madrid no abdica en ningún momento de su poder político, siempre en apoyo de un centralismo educativo. La burguesía catalana, que en 1900 ha adquirido conciencia de su creciente importancia, incluye en su plataforma política un programa para la educación, que afecta a la Enseñanza Primaria y Superior, mientras que la Enseñanza Secundaria permanece en manos de la Iglesia. Por último, la clase obrera busca en la escuela un medio de propaganda y de perpetuación de sus propios valores. En síntesis, la problemática educativa se ha visto centrada en los siguientes puntos: libertad de cátedra, neutralidad religiosa, coeducación, catalanidad, renovación metodológica y escuela unificada.

El proceso en este tercio de siglo se puede dividir en tres etapas. La primera comprende desde 1900 a 1914. El movimiento de la Escuela Nueva se inicia en Barcelona, en centros privados, gracias a una serie de pedagogos avanzados, como Pau Vila, Alexandre Gali, etcétera. El movimiento de la Escola Nova surge frente a la escuela tradicional, que quedaba atrásada con respecto a los avances de la psicología y de la ciencia en general. Tenía como eje al maestro y a los conocimientos más o menos enciclopédicos de la época, desconociendo las necesidades del niño y las exigencias de su desarrollo. Por esta razón, los pedagogos más adelantados buscaban nuevas formas de educación que preparasen mejor a los niños para la vida, haciendo que éstos fuesen el eje de la escuela, el motor de su propia educación.

Las escuelas nuevas no tienen el mismo patrón ni el mismo método, sólo se establece un programa mínimo que consiste en escuelas con internado organizado, que sus actividades se dirijan a la vida total del alumno, que para la educación intelectual basen la enseñanza en la experimentación y que la organización de la